

PERPLEJIDAD, MIEDO, ENSIMISMAMIENTO

Por LUISGÉ MARTÍN

Desde hace varios años escuchamos a la gente preguntarse cómo es posible que en un país como España no haya revueltas y hasta barricadas en las calles. Millones de parados—incluso descontando de la cifras oficiales la colosal economía sumergida—y un deterioro desmedido de los servicios públicos esenciales. ¿Por qué no estalla la revolución? ¿Por qué parece no arder ni siquiera la mecha? Hay a mi juicio tres razones enmarañadas para ello: la perplejidad, el miedo y el sexo de los ángeles.

En el gigantesco documental sobre el Holocausto *Soah*, Claude Lanzmann se pregunta cómo fue posible que la comunidad judía, en los últimos años de la guerra y ante la evidencia del exterminio que se estaba produciendo, no se rebelara violentamente en contra del poder nazi. La respuesta que da es sencilla: nadie podía creer que lo que estaba ocurriendo ocurriera de verdad. Tal vez hubiese judíos muertos, pero era una guerra y en la guerra se mata a gente. No podía ser cierto que existiera un plan premeditado para aniquilar a una raza: la perplejidad, la sensación de que algunas co-

sas son imposibles. En España, ahora, muchos ciudadanos siguen creyendo que los cambios de los últimos años son sólo fatalidades de la crisis, actos políticos inevitables que no están gobernados por la voluntad perversa de alguien, sino por la necesidad. Uno no puede protestar por la ley de la gravedad. Es ineluctable.

Muchos de los que, curados de esa perplejidad, saben que lo que está ocurriendo es una embestida de aves rapaces para cambiar el pacto social del bienestar tienen, sin embargo, miedo. El miedo es el gran narcótico, el apaciguador de todas las sublevaciones. Miedo a perder el trabajo, a represalias profesionales, a no recobrar los ahorros que te estafaron, a ser expulsado de la Universidad el próximo curso. Miedo a todo. Y esos temerosos prefieren casi siempre permanecer callados, no protestar en voz demasiado alta para evitar los riesgos. Mejor la humillación que la miseria.

Hay, por último, ciudadanos sin perplejidad

y sin miedo, pero la mayoría de ellos parecen entregados al desvelamiento del sexo de los ángeles. Hace dos años, cuando el 15-M levantó sus acampadas y decidió proseguir fuera de las calles el movimiento, un amigo escritor, muy comprometido, comenzó a asistir a las reuniones de una de las comisiones organizadas, llamada "Política a largo plazo". Le interesaba participar en ese diseño tan necesario de una línea política

ESOS TEMEROSOS PREFIEREN CASI SIEMPRE PERMANECER CALLADOS, NO PROTESTAR EN VOZ DEMASIADO ALTA PARA EVITAR LOS RIESGOS. MEJOR LA HUMILLACIÓN QUE LA MISERIA.

ambiciosa, de izquierdas, que estuviera alejada de los dilemas y las exigencias de la inmediatez. Descubrió enseguida, sin embargo, que de lo que se hablaba en esas reuniones era de gollerías metafísicas que más que al largo plazo estaban consagradas a la eternidad. Después de reclamar varias veces sin éxito a sus compañeros más comprometido con el mundo real, el escritor les anunció que abandonaba la comisión para

6

ingresar en otra que se denominaba "Política a corto plazo", donde esperaba encontrar al menos un poco de acción. Le acusaron inmediatamente de traidor, de pequeñoburgués y tal vez de político.

Perplejidad, miedo y ensimismamiento forman el nudo gordiano de la España sumisa. De la España negligente. Pero aún hay un cuarto elemento que estorba la respuesta social: la asustadiza definición de la violencia que tenemos. Uno de los mayores daños que dejará en España ETA durante generaciones—descontando el evidente de la muerte y sus secuelas—es el de la prevención casi religiosa hacia cualquier tipo de violencia. Manifestarse con indignación, acampar en las calles, escrachar, colarse en el metro, gritar muy alto: todo es violencia. La mancha que se ha conseguido extender sobre la imagen de Ada Colau, una de las personas más insobornablemente cívicas que ha dado la España reciente, es prueba de esa banalización doctrinal que lo confunde todo: da igual la causa que se defienda, da igual la minuciosa selección de culpables que se haga, da igual la



contención inofensiva de los actos. Cualquier forma de desobediencia civil ha sido previamente abolida. Lo único que debe respetarse, según parece, es el cálculo de escaños de las elecciones: el resto debe ser silencio.

El filósofo esloveno Žižek sostiene que tal vez ese cántico fundamentalista al pacifismo, a la no-violencia, es sólo una estratagema de los poderosos para tener sometidos a los mansos y poder despachar como hasta ahora los asuntos materiales del mundo. Desconfío siempre de las teorías conspirativas, como ésta, pero no cabe

duda de que en estos tiempos turbulentos ese fundamentalismo reglamentario, que enaltece la bondad de las formas democráticas desentendiéndose de la justicia y de la cohesión social que debería inspirarlas, es un método perfecto para domar a los que, sin perplejidad, sin miedo y con voluntad política, se atreven a pisar la calle y a decir en voz muy alta que muchas veces las mayorías parlamentarias—la historia lo demuestra—cometen tropelías inaceptables.

Luisgé Martín es escritor.

7